

¡Oh Virgen clementísima,  
Amparo del mortal!

Pues que tu imagen santa  
Nos diste por consuelo,  
Haz que enemiga planta  
No huelle nuestro suelo  
Mientras en él subsistan  
Tu imagen y tu altar!

1857.

## EL CANTO DEL AVE DEL PARAÍSO





EL CANTO  
DEL AVE DEL PARAÍSO.

LEYENDA\*

*«Quoniam mille anni ante oculos tuos,  
tanquam dies hesterni quæ præterit.»*  
«Porque mil años son ante tus ojos co-  
mo el día de ayer que ya pasó.»

SALMO LXXXIX, v. 4.

I.

Los monasterios antes de la reforma.—El hermano Alfeo.

¡Augusta antigüedad! ¡Serenos días  
En que su acento la impiedad no alzaba!  
De la Germania en los inmensos bosques,  
O en el centro de fértil eminencia,  
Santo refugio de las almas pías,

\* Lo sustancial de esta leyenda, originaria de Suecia, ha sido dado a conocer en Francia por Schubert en su obra intitulada. «Lo antiguo y lo moderno.»



Do quiera un monasterio se elevaba  
 Dando abrigo al dolor, pasto a la ciencia.  
 Las inocentes pasajeras aves  
 Sobre la cruz del campanario altivo  
 El vagaroso vuelo suspendían,  
 Y sus trinos suaves  
 Desde la celda silenciosa oían,  
 Dados a la oración, los monjes graves.

Cerca de Olmutz con ellos vive Alfeo;  
 De alma sencilla y corazón ardiente,  
 Ahogó temprano el terrenal deseo  
 De amor y gloria, y en el claustro frío,  
 Por alcanzar el cielo, penitente  
 Entró de su existencia en el estío.  
 Tal vez allí le persiguió importuna  
 La memoria, poniendo ante sus ojos  
 Sus faltas juveniles una a una,  
 Mas el estudio y la oración vinieron  
 Nueva ayuda a prestar al monje santo,  
 Y el tiempo su carrera siguió en tanto  
 Y sus cabellos blancos se pusieron.  
 Y entonces, viendo el tentador dañino  
 Que sus antiguas armas, embotadas,  
 Herir no pueden la virtud del monje  
 De afectos terrenales ya desnuda,  
 Se apoderó de su ánimo sencillo,  
 De la fe pura oscurecióle el brillo,  
 Lanzóle en los abismos de la duda.

¡Adiós los bellos apacibles días  
 En que, al templado rayo de la aurora  
 O de la tarde en la serena calma,  
 Las cumbres eminentes, las sombrías  
 Grutas, la fuente límpida y sonora,  
 Llena de paz y regocijo el alma,  
 Ha visitado Alfeo  
 Elevando su espíritu, a la vista  
 De maravilla tanta  
 Sobre las alas de inmortal deseo!  
 Si por el bosque vaga, le conturba  
 El susurro del viento entre las hojas:  
 Quiere huir de sí mismo  
 Y, acosado de inútiles congojas,  
 Ve siempre ante sus ojos un abismo.  
 La nave de su espíritu ligera  
 Perdió el áncora santa  
 Que fija en el Señor la mantuviera;  
 Suelta discurre, el vendaval azota  
 Con furia sus costados,  
 Y por lóbregos mares irritados  
 Cual pluma va, desmantelada y rota.

Empero la purísima centella  
 Que escondida en su sér quedado había,  
 Fué en sus tinieblas la benigna estrella  
 Que iluminó la abandonada vía.  
 Volvió a su Dios el alma  
 Y acató sus designios reverente:  
 Vana llamó a la ciencia y en el polvo



Humilló en su dolor la calva frente.  
 Recurre a la oración y prosternado  
 Al pie de los altares, ve cuál huyen  
 La noche, el alba tarda,  
 Y en el mismo lugar la noche aguarda.  
 El tentador en sus ataques cede:  
 Ya la inquietud del monje se limita;  
 Sabe que Dios tranquilizarle puede,  
 Que su misericordia es infinita.

## II.

*Dudas y temores de Alfeo.—Excursión matinal.*

«Si es condición de nuestro sér mezquino  
 La variedad en todo; si lo bello  
 Pierde su encanto a la cansada vista;  
 Si no hay afecto noble y peregrino  
 Que de los años a la acción resista;  
 Si hostiga cuando suena de continuo  
 Música dulce que el oído halaga:  
 Y el sazonado y oloroso fruto  
 Que el árbol de mi huerto da en tributo,  
 A fuerza de gustarlo me empalaga,  
 Si es condición de nuestro sér—repito—  
 La variedad en todo, ¿es dado acaso

Gustar siempre la dicha que en el cielo  
 Se nos dará por término infinito,  
 Sol que brilla y que nunca tiene ocaso?»

Esto el hermano Alfeo  
 A solas meditando se decía;  
 Y su turbado espíritu añadía:  
 «No es posible gozar la dicha eterna,  
 Pues que de cambios sólo el alma vive;  
 Mas de esa dicha la promesa santa  
 Que constancia y valor al justo inspira  
 ¿No se habrá de cumplir? ¿Será mentira?  
 ¡La eternidad! ¡La eternidad me espanta!»

He aquí cómo venciendo  
 Una tras otra sus antiguas dudas,  
 Ya serenada casi la tormenta,  
 Se alza esta duda, siendo  
 Fuente abundosa de congojas rudas  
 Que allá en su pobre corazón revienta.  
 Cierta mañana intenta,  
 Por mitigar su angustia,  
 Salir el monje a los vecinos prados:  
 Vedle cuál va por el sendero amigo,  
 Con los brazos cruzados,  
 Inclined hacia el pecho la faz mustia,  
 Llevando siempre su dolor consigo.  
 Era la alegre hora  
 En que, asomando tras cortadas nieblas,  
 Disipa ya las últimas tinieblas



De la noche sombría  
 La deseada aurora,  
 Tierna amante del sol, madre del día.  
 Bañan sus rayos puros  
 Con luz rosada el campanario altivo,  
 Las puertas santas y los pardos muros  
 Del convento de Olmutz, y allá a lo lejos  
 Brillan con sus reflejos  
 El alto roble y el copado olivo.  
 Pone sus tristes ojos  
 El monje en el variado panorama  
 Que en derredor naturaleza ostenta  
 Del sol de Mayo a la brillante llama;  
 Oye el dulce concierto de las aves,  
 Oye el rumor del ondeante río,  
 Siente las alas de la brisa puras,  
 Y no acierta a romper las ligaduras  
 Con que le oprime su incesante hastío.  
 Esos robustos árboles, el manto  
 Siempre azul de los cielos,  
 De las aves alígeras el canto  
 Y de la niebla los bordados velos  
 Con que se visten los profundos valles,  
 Y la sin par belleza  
 Con que en sus más recónditos detalles  
 Aparece al mortal naturaleza,  
 Perdieron para el monje todo encanto.  
 ¡Ay! en aquella hora  
 ¡Cuánto se acuerda, cuánto  
 De los felices pasajeros días

En que todo propicio,  
 Manantial de perpetuas alegrías  
 Era a su corazón, cuando novicio!  
 Los intrincados bosques, las corrientes  
 De agua pura escondida, la flor bella,  
 Los olorosos frutos que en Octubre,  
 De la rama pendientes,  
 Do quiera el ojo atónito descubre,  
 Qué placer en el ánimo ponían!  
 Mas ¡ay! que el veloz tiempo en su carrera  
 La novedad se lleva de las cosas;  
 Desaparece la beldad primera  
 De aquellas que creímos  
 Eternamente hermosas;  
 Y al oído y la vista, en fuerza acaso  
 De la odiosa costumbre,  
 Ronco a ser llega el cántico del ave  
 Y pálida del sol la viva lumbre:  
 Y si aquesto acaece en nuestros años  
 Breves y pasajeros,  
 ¿Qué habrá de ser allá en la eterna vida,  
 Ni cómo a un mismo perdurable goce  
 Habrá de mantenerse el alma asida?  
 ¿Cómo no ha de acosar insomne hastío  
 Al justo en las mansiones do le guardas  
 Por una inmensa eternidad, Dios mío?



## III.

Continuación del paseo del monje.—El canto del ave.

¡Triste del monje Alfeo  
Que en tales reflexiones abismado  
Prosigue solitario su paseo,  
Por el oscuro bosque deja el prado;  
Deja tras sí las conocidas sendas,  
De vista pierde el campanario altivo,  
Y sin objeto y al azar camina  
Por la selva vecina,  
Muerto a la fe y a sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares  
Que acaso nunca visitó; a los lados  
De la vereda que transita el monje,  
Pinos gigantes, cedros seculares  
Alzarse vió, y a sus robustos troncos  
Enlazarse la hiedra enamorada,  
Y sus hojas tupidas  
Tejer fresca enramada  
Al insecto y las aves escondidas.  
El sonoro arroyuelo  
Que allá discurre por la verde alfombra

Del árbol se oscurece con la sombra,  
O bien su espejo claro presta al cielo.  
Pero ¿dónde belleza igual habría  
A la de aquellas flores  
Que en su extensión la selva contenía?  
¿Dónde colores hay cual sus colores?  
¿Dónde perfumes hay cual su perfume  
Que vuela en alas de la brisa amiga  
Y al encantado Alfeo  
Presta nuevo vigor y no le hostiga?  
Jamás lo que antes viera  
Le pareció tan bello: su mirada,  
Del monte a la pradera  
Discurre extasiada,  
Y, por gozar mejor de aquel contento,  
Sobre roca de musgo tapizada  
El entusiasta monje toma asiento.

Y de la copa de árbol vecino  
Eleva un ave sonoro trino:  
Llena las selvas su grato acento;  
Por dondequiera repite el viento  
La dulce voz;  
Cara a las almas, cual la memoria  
Del bien perdido, cual la esperanza  
De goces puros que allá en la gloria  
Tan sólo el justo varón alcanza,  
Dados por Dios:



No; ni el suspiro de tierno infante  
 Cuando tranquilo duerme en su cuna,  
 Ni el són del remo sobre el brillante  
 Plácido espejo de la laguna

Pueden llegar

A lo suave de aquel sonido,  
 De los mortales jamás oído  
 En bosque o prado, valle ni loma,  
 Y que adormece, como el aroma

Del azahar.

No hay voz humana ni melodía  
 Que con sus notas conmueva tanto  
 Como las notas que oír hacía  
 El ave aquella siguiendo el canto

Que comenzó.

Ciencia y virtudes, dicha sin tasa  
 Recibe el hombre que, por ventura,  
 El linde santo del bosque pasa  
 Y oye asombrado la igual dulzura  
 De aquella voz.

Ninguno empero; tan sólo Alfeo  
 La oyó, sentado sobre la peña:  
 Ni sabe el monje si, en su deseo,  
 Tamaña dicha su mente sueña.

¡Monje feliz!

Él no se cansa de oír al ave,  
 Si bien el canto divino dura;  
 Y abre sus labios el monje grave

Y en suplicante tono murmura,  
 Mirando al ave que vuela esquiva:

«Mientras yo viva

Cántame así!»

«¡Cielos! —clamó, como al volver de un sueño  
 Breve y dichoso, el monje— ¿qué me pasa?  
 ¿Por qué el canto cesó? ¿qué canto es este  
 Que al alma torna la quietud perdida,  
 Y que con gusto sin igual oyera  
 Hasta el último aliento de mi vida?»  
 Álzase de la roca donde estuvo  
 Sentado, y luego advierte  
 Que de sus miembros, vigorosos antes,  
 La fuerza varonil huyó de suerte  
 Que sus piernas flaquean  
 Y en sustentar el cuerpo mal se emplean.  
 Con pasos vacilantes,  
 La vista oscura ya, tardo el oído,  
 En su nudoso báculo apoyado,  
 Y el ánimo con sueños distraído;  
 Después de haber errado  
 Por las diversas intrincadas sendas  
 De aquel sitio encantado  
 En donde oyó del ave el dulce acento,  
 Donde aspiró tan peregrino aroma,  
 El religioso toma,  
 No sin trabajo, el rumbo del convento.



Pero ¡gran maravilla!  
 Del sendero que sigue silencioso  
 Vió en una y otra orilla,  
 Al salir del convento en la mañana,  
 Arbustos pequeñuelos,  
 Y se han trocado en árboles frondosos  
 Cuyas cimas ya tocan a los cielos.  
 En un recodo del sendero, mana  
 De peñascos musgosos  
 Para el varón desconocida fuente;  
 Sobre el arroyo está que della nace,  
 Edificado un puente:  
 Rebaño de blanquísimas ovejas  
 Cerca del agua cristalina pace,  
 Y el pastor que las cuida  
 Al viento da las melodiosas quejas  
 De su flauta sentida.  
 Viendo al monje, suspende  
 La grata ocupación, y luego exclama  
 Interrogando a los demás pastores:  
 «¿Este monje quién es? ¿Cómo se llama?»  
 — «Es de Olmutz,» le contestan; pero nadie  
 Al religioso anciano ha conocido,  
 Aunque al convento acuden día por día  
 Todos, y el nombre tienen  
 De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

## IV.

Vuelve Alfeo al convento.—Su desengaño.—Su muerte.

De una en otra sorpresa  
 Camina el monje, de inquietudes vivas  
 Su acongojado espíritu hecho presa.  
 A la pradera sale  
 Que de la antigua iglesia al pie se extiende.  
 Y allí ¡doble misterio!  
 Luego hiere su vista y le sorprende  
 La nueva faz del santo monasterio.  
 De dobles dimensiones  
 La iglesia es ya, y en su redor se elevan  
 Modernas construcciones:  
 Los árboles pequeños han crecido,  
 Bañado el pie por arroyuelos mansos  
 Que aguas brillantes y sonoras llevan,  
 Gusto dando a la vista y al oído:  
 Ni siquiera existía  
 En el mismo lugar do estuvo siempre  
 La oscura, aunque espaciosa portería.

Cuando el anciano halló la nueva entrada  
 Y llamó suavemente,  
 No sin notar que la campana era  
 De metal diferente,



Apareció desconocido lego  
 Que la verja de hierro abrió ligera.  
 —¿Qué es del portero Antonio? dijo luego  
 El monje anciano con temor y angustia.  
 Y, atónito mirándole, contesta  
 El lego entre confuso y altanero:  
 —¿Qué decís? ¡Buena es esta!  
 Jamás he conocido tal portero.  
 —¡Cielos! prorrumpe estupefacto el monje:  
 ¿El convento de Olmutz no es éste acaso?  
 ¿No salí de mi celda esta mañana?  
 —Cinco años hace que conservo el puesto  
 En que me halláis, replica  
 El lego, y no ví monje que tuviera  
 Semejanza con voz grande ni chica.

Pálpase Alfeo la abrasada frente,  
 Lleva asombrado en derredor los ojos;  
 Ve que pausadamente,  
 La cabeza cubierta  
 Con la capucha parda, sus hermanos  
 El silencioso claustro recorrían:  
 Él a llamarles por su nombre ácierta;  
 Mas ¡ay! ¡esfuerzos vanos!  
 Porque ellos a su voz no respondían.  
 Corre hacia donde están, y de uno en uno  
 Vióles la faz y conoció a ninguno,  
 Y exclama entonces: «¿Qué portento es este?  
 ¡Por compasión miradme, hermanos míos!  
 ¿Nadie me ha conocido antes de ahora?

¿Nadie se acuerda del hermano Alfeo?»  
 Al oír este nombre, un monje anciano,  
 El más viejo de todos, dice: «Creo  
 Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano  
 Que se llamaba así: se complacía  
 En frecuentar la soledad augusta  
 De los vecinos bosques; era bueno  
 Y querido de todos; mas un día  
 Salió del monasterio, cual solía,  
 A vagar por el campo, de la aurora  
 A los dulces reflejos;  
 Nadie a verle tornó; su fin se ignora:  
 Esto he oído contar a los más viejos.»

Oyendo tal discurso  
 Alfeo, lanza penetrante grito,  
 Las manos cruza y prosternado en tierra,  
 Así exclamó con ánimo contrito:  
 «¡Oh Dios piadoso, que mostrar quisiste  
 A mi espíritu flaco sus errores,  
 Cuando enojado viste  
 Que comparó las inmortales flores  
 De tu gloria infinita  
 Con las flores del mundo pasajeras  
 Que ajan los años y el dolor marchita!  
 ¡Todo un siglo he pasado  
 Del santo paraíso al ave oyendo  
 Dulcísima y canora,  
 Y lo que a grato sueño fui entregado  
 Estáme pareciendo



Que fué sólo una hora!  
¡Señor, te apiada de las culpas mías!  
Lo que valen comprendo  
De tu mansión las santas alegrías.»

Dijo esto el monje y extendió los brazos  
En dirección del cielo  
Y, ya al romperse los vitales lazos,  
Sus labios, yertos casi,  
En señal de humildad puso en el suelo.  
Quedó luego tendido el cuerpo inerte;  
Mas el ánima al cielo se levanta,  
Y oye al ave que canta  
Por una eternidad . . . ¡Dichosa muerte!

## MEMORIAS DE UN PEREGRINO